

Cómo va el Opus Dei

RAFAEL ANGULO

El Opus Dei es lo que somos sus miembros. Por eso la «nave va», porque el director de esta orquesta lleva la partitura incluso con elementos desafinados, músicos que intentamos encontrar a Cristo en el trabajo, la vida familiar y el resto de actividades

HOY, 26 de junio, se celebra en todo el mundo la festividad de san Josemaría Escrivá, 'el santo de lo ordinario', como lo definió Juan Pablo II, este curita que tanta importancia le daba a la catequesis y a la predicación porque con ellas paliaba la ignorancia, la gran enemiga de las almas. Ayer, no más, llamé a mi compañero (y sin embargo...) Miguel Ángel para tomar café en el 'Makao', cafetería singular sita en el antiguo callejón de la Amargura de mi pueblo, hoy calle Adriano de Mérida... Me espeté al oír la llamada: «¿Cómo va el Opus Dei?». Pensando ingenuamente que el Opus Dei soy yo. Aparte de la prótesis en la cadera, o precisamente por ella, la Obra va bene. Apañosos estaríamos si el Opus Dei fuera solo este periodista de provincias, digo de barriada, pero desde luego no anda descaminado mi pasmado amigo, porque el Opus Dei es lo que somos sus miembros, que hacemos el Opus Dei con nuestras luchas y debilidades, con nuestro quehacer, hijos, amigos y aficiones. Por eso la «nave va», porque el director de esta orquesta lleva la partitura incluso con elementos desafinados, músicos que intentamos encontrar a Cristo en el trabajo, la vida familiar y el resto de actividades ordinarias, como tomar café en el Makao de Goyo. Todos, los bautizados, estamos llamados a seguir a Jesucristo, a vivir y a dar a conocer el Evangelio. Esa es la planilla del Opus Dei, contribuir a la misión evangelizadora de la Iglesia Católica, siguiendo fielmente al Papa Francisco, difundiendo el mensaje de que el trabajo y las ocupaciones ordinarias son ocasión de encuentro con Dios, de servicio a los demás y de mejora de la sociedad.

Y rezando. Hoy, cuando es peligroso rezar en muchos lugares del mundo, dónde por rezar pierden la vida muchos creyentes (cristianos, musulmanes, budistas, judíos) sin derecho a la libertad religiosa, pues hoy y aquí podemos dar gracias por poder rezar, gratis et amore, es decir hablar con Dios cara a cara. Si esos creyentes son heroicos porque arriesgan su vida por hablar con Dios públicamente, a nosotros el Papa Francisco nos pide que seamos valientes simple, y sencillamente, siendo coherentes. Por eso nos anima a ser cristianos con valentía y a «andar contracorriente». Y nos explica que existe «el martirio cotidiano, que no comporta la muerte pero que también es un «perder la vida por Cristo», cumpliendo el pro-

pio deber con amor, según la lógica de Jesús. «Recuerden bien –pregona–, no tengan miedo de ir contracorriente, sean valientes y así como nosotros no queremos comer una comida que se ha descompuesto no llevemos con nosotros estos valores que están descompuestos y que arruinan la vida y quitan la esperanza. ¡Adelante! sean valientes y vayan contracorriente!».

Hoy, 26 de junio, san Josemaría sigue ayudando a la gente en su vida, en las mil y una preocupaciones que cada uno de nosotros encuentra cada día y que, como él nos enseñó, pueden ser ocasión para acudir a la ayuda de un Dios que es Padre. Que nos ayuda a remar a contracorriente. Y, todo eso, ayuda a tomar conciencia de que el fiel cristiano corriente es el verdadero protagonista de la nueva evangelización. Vuelvo a Juan Pablo II para quien todo aquel que intenta vivir desde una óptica de fe, cualquier cosa es ocasión de un encuentro con Dios, todo se convierte en estímulo para la oración. Vista así, la vida cotidiana re-

vela una grandeza insospechada. La santidad se pone de veras al alcance de todos. Todos estamos llamados a la santidad. Y para ser santos no hay que hacer nada extraordinario. Se trata de cumplir con amor las tareas de la vida ordinaria. Todo instante hay que llenarlo de Dios, virarlo cara a Dios. Ese mensaje de santidad en lo cotidiano no es una utopía, sino un ideal asequible y hacedero. Para con-

firmarlo, la Iglesia de comienzos del Tercer Milenio llevó a los altares a san Josemaría Escrivá, a quien hoy recordamos.

La situación actual es esperanzadora, pero a nadie se le oculta la magnitud de los retos de la hora presente en el ámbito de la vida cristiana, de la familia, de la justicia y de la paz; y es más patente que nunca la responsabilidad de los cristianos, –entre ellos, los fieles del Opus Dei– que deben afrontar esos retos con valentía y vivir su vocación como verdaderos testigos de Cristo. Es hora de acción y petición de gracias; hora de fidelidad al Evangelio y esperanza cristiana. Eso explica que el Opus Dei se encuentre siempre en los comienzos, al igual que toda la Iglesia, a la que el Espíritu Santo renueva constantemente, siglo tras siglo. Cada generación de cristianos tiene la misión de llevar a Cristo a los hombres y mujeres de su época, y de difundir su mensaje. Un mensaje que es, en palabras de san Josemaría, viejo como el Evangelio y como el Evangelio nuevo. Adelante, pues.



PAOLO COCCO